Trozos de amor

Eduardo Vergara Morales

Capítulo 1

Carta de un soldado a su amada

“Debo marchar a la guerra, me han llamado hace poco para informarme que parto en unas horas. Me pidieron que hiciera un bolso liviano, que allá me entregarían todo lo que necesitaría, pero no se dan cuenta que lo único que verdaderamente necesito en este momento, en los que vendrán, en el que ocurre mientras lees esta misiva, es a ti. No odies a la bandera por separarnos, me alejo de un amor por la obligación de defender otro, así como mis sentimientos no me permiten abandonarte. Volveré, no sé cuándo, pero volveré, y cuando lo haga te abrazaré con la fuerza de todos los abrazos que no pude darte a causa de la distancia, te veré directamente a los ojos, sabremos por la profundidad de nuestras miradas que nada nos ha de separar, te daré la mano, caminaremos, he iremos a una cita para compensar aquella a la que no pude llegar mañana. Es una promesa”.

El soldado partió a la guerra tal cuál decía la carta. Duró dos semanas en el campo de batalla, murió por la acción de una granada. La carta pasada por debajo de la puerta fue lo último en lo que pensó. La destinataria le lleva flores todos los días a diferentes lugares, puesto que nunca se pudo repatriar el cuerpo.

Capítulo 2

No había ninguna noticia interesante así que solo bebió su café viendo el paisaje nocturno, tratando de abstraerse en las pequeñas luces que contrastan con el horizonte oscuro. De repente algo llamó su atención, en un balcón del edificio de enfrente, justo a la altura de sus ojos, una mujer lloraba. Sacó una hoja de un cuaderno que tenía cerca, y con la letra más grande que pudo hacer escribió un mensaje: “¿sucede algo?”, para que la mujer lo viera fue a buscar un puntero laser y apuntó hacia la baranda. La mujer levanto el rostro levemente y leyó el mensaje. El hombre vio como la mujer entraba a su departamento sin hacerle ningún gesto. Se volvió a sentar, y sin saber porqué prendió un cigarrillo. Para su sorpresa, la mujer hizo aparición con un bloc y un plumón, la mujer levantó su mensaje, se alcanzaba a leer: “estoy sola”. Una extraña sensación se apoderó de él, como si el mensaje también fuese parte de su sentir. Entró a la casa a buscar el espejo más grande que tuviese. Sacó uno del baño de aproximadamente 60 centímetros, lo apoyó en la baranda apuntando hacia la mujer y se puso a su lado, tomó otra hoja y escribió: “¿mejor?”. La mujer - que observó todo lo que había hecho el hombre - sonrió y escribió “si, muchas gracias :)”, levantó el bloc y se lo mostró al hombre que en ese momento estaba parado a su lado.

Capítulo 3

Estaba acostumbrado a la soledad que abraza quien deja de creer en el amor. No encontraba razones para abrir mi corazón, y siendo honesto, nunca me compliqué en buscarlas. Pero todo cambió en una caminata sin destino. Bastó mirar a la calle del frente para olvidar cualquier barrera, tu mirada reluciente me atrajo. Hablamos por unos minutos, tu hablabas sobre todo con el cuerpo, yo abusaba de las palabras. Pregunté si querías comer, dijiste que sí. Sin darme cuenta habíamos pasado a una tienda y terminamos en mi casa, como si nuestro encuentro fuese una cita propuesta y aceptada por el destino. Busqué platos en la alacena, serví la comida, dejé mi plato en la mesa y el tuyo al lado de mi silla. Ahí estabas, en cuatro patas, moviendo la cola de un lado a otro, con el hocico atiborrado de comida casi ahogándote, y quien podría recriminártelo, quizás cuanto tiempo llevabas sin bocado. Terminaste de comer, tu mirada había cambiado, ya no era "que hice para que me abandonaran", sino que decía "gracias, tenía mucha hambre". Solo hicieron falta tus ojitos y un vaivén de cola para quererte. Te preparé una cama, la ignoraste completamente, con un ladrido me pediste dormir conmigo. Te subí a la cama, te acaricié, y te adopté. Tus ojos se cerraron lentamente, mirándome a cada momento, diciendo "por favor no me falles, haré todo lo que pueda por ti". Ella se durmió, yo derramé un par de lágrimas y lo hice también.